

les, y en esa falsa creencia permanecen tranquilos, con los brazos cruzados.

Hay muchos, muchísimos, por desgracia, que se figuran que estamos en el mejor de los mundos, y que eso de socialismo y anarquismo no pasa de ser una ilusión de unos cuantos exaltados; y hay muchos también que, sin ver este peligro que tanto aumenta, y sin presentir las tremendas sacudidas que se aproximan, se entretienen en discutir jefaturas y distinguir de nombres y de colores dentro del mismo campo católico. Las cuestiones sociales hoy planteadas son para muchos, cuando más, motivo de conversación agradable. «Todos hablan de la cuestión social — decía Windthorst en el Congreso de Breslau, — después se van á fumar un cigarro y beber un vaso de vino, pero nadie quiere trabajar en ella.»

Hay entre nosotros, lo mismo entre sacerdotes que entre seglares, un mal inmenso: en lugar de dedicarnos, como los católicos alemanes se dedican, sin abandonar la acción política, á desarrollar y extender la acción privada, á hacer propaganda de las ideas y á ponerlas en práctica con los medios de que podamos disponer, y que si no los da el esfuerzo individual pueden encontrarse en el colectivo, creando instituciones sin carácter oficial alguno que lleven á la práctica esas mismas teorías, se espera todo de la acción de los Gobiernos y se quiere que éstos, por reales órdenes, hagan católicos á los que no lo son, y previsores á los desarreglados, y fértiles los campos, y que ellos mejoren la situación de los agricultores y la suerte de los obreros, y resuelvan la cuestión so-

cial y nos hagan á todos felices. ¡Y qué gobiernos y qué gobernantes suelen ser éstos de quienes la generalidad de los católicos esperan la redención de la Patria!.... Pero mientras ésta llega por esa vía oficial de que se espera por la generalidad, la inmensa mayoría están cruzados de brazos y abandonan la acción privada, esa esfera de acción importantísima, en la que mucho, muchísimo podría conseguirse.

Con esa conducta, la experiencia diaria nos enseña que vamos de mal en peor; pero, al menos, sirve á muchos de tranquilidad de conciencia, porque así pueden achacar al Gobierno toda la culpa de lo que en gran parte es debido á su propia indolencia.

Después de haber hablado de la importancia y extensión del socialismo, cuya extensión ha aumentado desde entonces de una manera prodigiosa, decía el P. Félix ¹: «Tal es, señores, la situación creada por la conspiración socialista y el mal con que nos amenaza. Lo más triste todavía es la actitud de muchos hombres de nuestra época delante de dicho mal. ¡Ah! Ciertamente: ¿quién podría negar que este azote suspendido sobre la sociedad es ya por sí mismo formidable y amenazador? Empero la disposición de la sociedad en presencia del azote es, á mis ojos, más amenazadora y más formidable todavía. Sí, lo confieso; lo que me asusta más no es el mal, sino el enfermo; el enfermo que no quiere remedio, y que apenas reconoce su enfermedad y el peligro á que le conduce.

¹ Tercera conferencia.

lado del pueblo. Es digno de alabanza el Papa León XIII, por haber enseñado que era menester dar al obrero un salario justo, y merecen elogio jesuitas célebres que han sostenido que la Religión no pide forma alguna determinada de gobierno. Consta que el clero católico se ha puesto en relaciones personales con la clase obrera, siendo así que los pastores protestantes están lejos de haber imitado ese bello ejemplo, y es debida á la intervención del primero la poca extension alcanzada por el socialismo en los distritos puramente católicos» ¹.

IV

La preferente atención que prestó á la cuestión social fué uno de los medios más eficaces para que en Alemania adquiriese el partido católico una gran preponderancia. Mientras que liberales y conservadores concedían poca importancia á esos problemas, los católicos se dedicaban con empeño á su estudio y á buscar para ellos soluciones, constituyendo objeto preferente de su atención todo lo que al mejoramiento de las clases populares se refería ².

¹ Citado por el cardenal Sancha en la obra ya dicha, capítulo IX.

² En el manifiesto electoral que el Centro repartió en 1887 con motivo de las elecciones en Baviera, se decía: "Proteger la Religión y promover eficazmente los intereses de las clases rurales é industriales: tal es la principal misión que nuestros representantes han de llenar. Que el que no quiera que la legislación procure exclusivamente el provecho del capitalismo y una libertad ilimitada en el dominio económico, vote por el partido del Centro." (*Association Catholique*, 1887, pág. 196.)

«Una asamblea general de católicos alemanes —decía el conde Ballestrem en el discurso de clausura del Congreso Católico de Maguncia celebrado en 1892—no sabría funcionar sin ocuparse con amplitud en la cuestión social y en sus enfi-teutas los socialistas.»

No habían aún pensado los economistas no católicos en esta magna cuestión, ni aun sospechaban muchos su existencia, cuando un sacerdote católico le dedicaba atención preferente y hacía de ella el objeto predilecto de sus desvelos. Este apóstol era el abate Ketteler, quien en 1848, cuando aún era párroco de una aldea y diputado del Parlamento de Francfort, pronunció en la catedral de Maguncia seis magníficos discursos sobre cuestiones sociales ante un público numerosísimo.

«Hasta Ketteler—dice Decurtins — se habían limitado los católicos á seguir á los hombres de genio, que, en su lucha con la revolución, identificaban el derecho histórico del antiguo régimen con la Iglesia y condenaban de corrido toda reforma social, como si fuera una empresa revolucionaria, ó bien amalgamaban de cualquier modo las utopías sociales con el Cristianismo para hacerlas aceptables..... El gran mérito de Ketteler consiste en haber sido el primero en introducir de nuevo en la economía política moderna la concepción católica, y en haber desplegado, así en el terreno de la ciencia como en el de la vida práctica, la bandera de la reforma social católica. Dióse, desde un principio, perfecta cuenta de la incontrastable oposición que existía entre sus ideas y las doctrinas económicas imperantes, y

constituyó con sólidas garantías de existencia un sistema fundado en la moral social del cristianismo mucho tiempo antes de que Lasalle hiciera su ruidosa aparición»¹.

Los discursos de la catedral de Maguncia hicieron gran impresión en todas partes, porque en ellos había expuesto Ketteler doctrinas que, aun cuando hoy son generalmente admitidas por los tratadistas católicos, constituían entonces una novedad que muchos miraron como imprudente. Quince años más tarde reunía Ketteler, siendo ya obispo de Maguncia, sus ideas acerca de la cuestión social en un libro que tuvo resonancia extraordinaria y que fué admirado por amigos y adversarios, bajo el título de *La cuestión social y el Cristianismo*, y estableció en su diócesis durante su pontificado infinidad de instituciones encaminadas todas al mejoramiento moral y material de las clases obreras, y un año antes de su muerte, en 1876, su última obra *Los católicos en el imperio alemán*, fué un nuevo tratado en que la cuestión obrera ocupó lugar preferente y en que expuso aquellas teorías que le valieron de algunos el dictado de agitador socialista, pero que constituyeron el programa social del Centro católico, y que se abrieron paso en el Parlamento y justificaron que al gran obispo de Maguncia se le apellidase el obispo de los obreros².

¹ Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*, capítulo I, párr. 2.º

² En 1873 Ketteler, al ser elegido miembro del Reichstag, publicó un programa político, que fué en adelante programa aceptado por el Centro.

En este programa pedía al Estado: 1.º, prohibición del trabajo

Todas estas predicaciones del sabio obispo fueron para los hombres del Centro objeto de preferente atención y estudio. Windthorst concedió á estas cuestiones toda la importancia que tenían cuando el socialismo, todavía naciente, tomaba incremento extraordinario, y, de acuerdo con los jefes del Centro y secundado por los demás católicos, formuló un programa social encaminado á mejorar la situación del obrero y procuró que ese programa fuera aprobado por el Reichstag; pero la persecución de que los católicos eran objeto les impidió dedicar á estas cuestiones toda la actividad que merecían.

Al fin, en 1877 el conde de Galen presentó á la Cámara un proyecto de ley social. Era la primera vez que allí se planteaba una cuestión de esta especie, y la mayoría liberal censuró por ello duramente al Centro, tachándole de tener tendencias demagógicas; á juicio de aquella mayoría, como á juicio del Gobierno, no eran sino exageraciones aquellos temores de los católicos y aquella importancia que concedían á estas cuestiones.

El 11 de Mayo el emperador fué objeto de un atentado, y, pocos días después, vióse de nuevo su vida en peligro. El Reichstag fué disuelto y se procedió á nuevas elecciones, en las que, á pesar de la presión oficial, los socialistas sacaron triunfantes

en las fábricas para los niños menores de catorce años; 2.º, prohibición del trabajo de las mujeres casadas en las fábricas y en todo taller industrial que no fuese un taller de familia; 3.º, prohibición del trabajo en las fábricas los domingos y días de fiesta; 4.º, fijación de una jornada normal de diez horas; 5.º, creación de inspectores ó de *dikastéres* para inspeccionar el cumplimiento de estas leyes.

gran número de candidatos; y todo esto hizo que el Gobierno, preocupado ya por aquellas tendencias que hasta entonces había despreciado, tratase de poner al mal remedio. Para ello presentó varias veces al Parlamento proyectos de ley de represión contra el socialismo, que el Parlamento no votaba, y á los que siempre se oponía el Centro, que comprendía que con la violencia no se resolvería la cuestión social; pero al fin, en 1878, consiguió Bismarck que se le dieran poderes discrecionales, y procedió con mano dura á la represión del socialismo, sin que este sistema de violencias diera resultado alguno, puesto que el progreso del socialismo continuó de día en día más creciente.

El Centro, por el contrario, seguía en su campaña pacífica, defendiendo su programa de reformas sociales, y sus economistas más eminentes presentaron al Reichstag una serie de proyectos de ley encaminados á proteger la vida moral, religiosa y material de los obreros; y aun cuando, como hemos dicho, estos proyectos sociales encontraron en un principio oposición y hasta fueron tal vez mirados con desprecio, el rápido progreso del socialismo hizo comprender bien pronto cuán justificadas eran las pretensiones de los católicos; y á pesar de que aún resistía el Canciller dar la aprobación al plan de sus enemigos, consiguieron éstos tener mayoría en el Reichstag, que las reivindicaciones que pedían se hallen inscritas hoy en el Código industrial de Alemania, y que el actual emperador Guillermo adoptase las ideas del Centro, mientras que alejaba de su lado al Canciller de Hierro. De ese modo el programa de protección

á los obreros dió á Windthorst y al Centro católico alemán uno de sus mayores y más legítimos triunfos.

Los diputados del Centro católico no han cejado en este empeño; hicieron y hacen grandes esfuerzos por la organización del sistema corporativo ¹, por la creación de las Cámaras del trabajo, por el establecimiento de seguros obreros contra las desastrosas consecuencias de los accidentes del trabajo, de las enfermedades, de la inutilidad, de la vejez y de la falta de trabajo, por la creación de jardines obreros, pensamiento realizado en Alemania por las Conferencias de San Vicente Paúl de Münster y de Paderborn, y por el establecimiento de una legislación internacional obrera, idea iniciada y sostenida por eminentes católicos de todos los países y alentada por el mismo Sumo Pontífice ².

Pero no se han limitado los católicos alemanes á formular programas sociales para someterlos á la aprobación de las Cámaras; no se contentaron

¹ Suprimidos los antiguos gremios por la ola demoleadora del individualismo, hijo de la revolución francesa, los modernos pensadores abogan por su restablecimiento, las legislaciones se les muestran favorables, y Su Santidad el Papa León XIII los recomienda en su Enciclica *Rerum novarum*.— Véase. *Necesidad de las Asociaciones Gremiales*, folleto publicado por el mismo autor de este libro, el año 1900.

² Puede consultarse sobre este punto la obra citada de León Gregoire y la de Max Turmann: *Le développement du catholicisme sociale depuis l'Encyclique « Rerum novarum »*, cap. IX, párrafo 3.º, pág. 217, Paris, 1900.

El descanso dominical y la reglamentación del trabajo de los niños y mujeres fueron cuestiones planteadas también por el Centro, y á su constancia y habilidad se debió el que el Reichstag aceptase sus soluciones; y aun cuando no se refiera á Alema-

con procurar reformas y protección en favor de las clases populares desde las esferas del Gobierno, sino que acometieron con empeño la empresa de trabajar con esfuerzos privados por el alivio moral y material de la sociedad, y muy especialmente de las clases obreras, y para ello fundaron un gran número de instituciones, cuyo origen y desarrollo es de un grande interés y cuya organización es por todos conceptos digna de estudio.

Entre estas instituciones merecen citarse por su grande importancia el *Bonifacius Verein*, la gran obra de propaganda religiosa en el interior fundada en 1848 y puesta bajo la advocación de San Bonifacio; el *Arbeiterwohl*, asociación de industriales y amigos del obrero, fundada en 1881 y que publica un boletín bajo el mismo título; el *Verein Caritas*, que se ocupa en toda clase de obras de caridad, cuyo asiento es Friburgo, y que publica también con el mismo título una revista desde 1895; el *Augustinus Verein*, ó Asociación católica de la prensa; el *Borromeus Verein*, ó Aso-

nia, es digno de citarse, en confirmación de que los católicos han procurado en otros países ponerse á la cabeza del movimiento social, el hecho de que el primer Ministerio del Trabajo se estableció en Bélgica por iniciativa y á petición de los católicos.

En España está casi todo por hacer en este terreno; pero son dignos de aplauso y de mención especial los trabajos incesantes del Rdo. P. Antonio Vicent, de la Compañía de Jesús, en la creación de Círculos católicos de obreros, y les que la Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera establecida en Madrid dedica al mismo objeto. A la iniciativa de esta importante Asociación se deben muchos proyectos de ley beneficiosos para la clase obrera, algunos de los cuales fueron adoptados por el Gobierno y sancionados por las Cortes, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Dato.

ciación para la propaganda de buenas lecturas; el *Verein*, de los comerciantes católicos; los *Gesellen Vereine*, de que hablaremos más tarde; los *Arbeitervereine* para los obreros de fábrica, y que han adquirido notable desarrollo; la Asociación de San Rafael para el socorro de los emigrantes; las de estudiantes católicos, etc.; pero en este modesto trabajo no nos detendremos á estudiar estas y otras muchas instituciones bien dignas ciertamente de ser estudiadas con detenimiento, y nos limitaremos á dar idea de algunas de las que florecieron durante el Kulturkampf.

A estas obras sociales que los católicos establecieron en Alemania fué debido sin duda el que, cuando llegó la persecución abierta contra el Catolicismo, hubiera una masa popular bien cimentada en la doctrina católica, que estaba disciplinada y dispuesta á resistir, y el que cuando era necesario acudiese á las urnas electorales como un solo hombre, dando así el triunfo á tantos candidatos católicos como llevaron con gloria en circunstancias bien difíciles la voz del Centro católico en el Parlamento.

V

Así como no es posible hablar de la acción política de los católicos alemanes y del Centro católico alemán sin que al momento acuda á la memoria el nombre de Windthorst, tampoco se puede hablar de los trabajos sociales de esos mismos ca-

»Mirad en su conjunto la actitud de los hombres en estos tiempos tan cargados de tempestades, y decidme: ¿no estáis vosotros asustados? Dejad aparte, si queréis, á los hombres que voluntariamente llamaré los *encarnizados*; hombres fatales, que á la hora presente procuran aún hacer mayor nuestro mal y ahondan nuestro abismo; hombres verdaderamente incomprensibles, si la pasión no bastase para explicarlo todo; que en un momento como el actual, nada les parece tan apremiante como lanzar á Dios del alma del pueblo, y aun del alma del niño; y que, para salvar nuestro presente y asegurar nuestro porvenir, juzgan que lo han hecho todo multiplicando los hombres sin religión y los niños sin Dios; ¡como si el abismo que amenaza engullirlo todo no fuera precisamente, en nuestras generaciones ya educadas, la ausencia de la Religión y de Dios!

»Dejemos á estos hombres que, semejantes á caballos que han roto el freno, arrastran al abismo á donde nos conducen el carro de la civilización. ¡Al lado de los hombres *encarnizados*, directa y abiertamente enemigos de la sociedad, veo á los cómplices; á los que, sin desearlo y quizá sin saberlo, empujan también el carro de la sociedad amenazada á la corriente de todos los errores que nos han conducido á la situación en que nos hallamos; hombres ciegos, cuyas ilusiones son comparables á una verdadera ceguera; que no piensan en repeler el más pequeño de los errores que nos pierden cada día, y amenazan destruirnos absolutamente; hombres verdaderamente cómplices del atentado público contra la sociedad, que con-

tinúan, hoy como ayer y como anteayer, por sus palabras, por sus lecturas, por sus periódicos, por sus libros y por todas las prácticas de su vida, siguiendo la corriente de la revolución y de la impiedad, dejando estrellarse contra todos los escollos el buque que lleva, á través de tantas tempestades, á la sociedad viviente!

»Hay otros que yo llamaré los *inconsecuentes*; hombres irresolutos, tímidos, pusilánimes, que desean fortalecer la sociedad y que dejan subvertir todas sus bases; que quieren mantener el orden y que no se atreven á combatir resueltamente el principio del desorden; que temen el triunfo del mal, y que no se deciden á levantar animosamente la bandera del bien; que ansian, con una voluntad sincera, la victoria del derecho y de la justicia, pero que se disponen á pedir gracia á la injusticia y á la iniquidad en el día temido y verdaderamente temible de su triunfo; hombres peligrosos, más peligrosos algunas veces que los mismos adversarios.

»Hay otra clase de hombres, que yo llamaré los *indiferentes* y los *inactivos*; seres apáticos, á los cuales nada puede conmover, sin excluir la razón grosera de su interés más vulgar; hombres indolentes que miran cómo pasa el torrente, sin procurar hacer nada para detenerlo ó para desviar su curso, y que se tranquilizan diciendo: «Toda»vía no ha inundado nuestras márgenes; sigamos»tranquilos; después de todo, ¿quién nos responde»de que el mal sea tan grande como dicen?» Hombres ligeros, superficiales, niños grandes, que, como los hijos de la antigua Atenas, van

preguntando á todos los que encuentran: «¿Qué hay de nuevo?» ¡Oh!—exclamaba Demóstenes:—¿qué cosa más nueva puede haber que contemplar á un macedonio amenazando la libertad de los atenienses? Y yo preguntaré: ¿qué cosa más nueva y más capaz de arrancaros de vuestro entorpecimiento que ver, en medio de vosotros, la barbarie amenazando á la civilización? ¿Y qué se necesita para despertaros, si los golpes que nos han herido ya no pueden conmoveros siquiera? Estamos en el caso de repetiros lo que decía un orador gentil á sus conciudadanos en un una situación semejante: «¡Despertad, por fin!» *Expergiscimini tandem!* Sí, señores, ha llegado la hora de salir de este sueño; ha llegado también la hora para vosotros de contaros, de uniros, de organizaros para una defensa intrépida y para una resistencia invencible. Haced un gran haz de fuerzas vivas, si no queréis ser quebrantados, desunidos y separados; sí, salid, salid de vuestra soledad, si no queréis que os barra cual al polvo el viento de las tempestades.»

Aún podríamos añadir nosotros á lo dicho por el P. Félix: Hay otra clase de hombres, de buena fe sin duda, que no sabemos cómo llamar, que haciéndose en parte cargo de las circunstancias que les rodean y no desconocedores del mal que nos amenaza, se deciden á contribuir á remediarlo, y en las tertulias de sus camaradas pronuncian verdaderos discursos encaminados á combatir el error, y pagan una cuota mensual, que en nada ó en muy poco hace variar su presupuesto de gastos, para alguna sociedad que tenga por

objeto poner diques á ese mal mismo; que asisten puntuales á alguna velada solemne en la que la concurrencia es distinguida y agradable, y en la que se discurrea acerca de las graves cuestiones que hoy agitan á la sociedad; que tal vez dan alguna conferencia brillante plagada de citas interesantes y de datos curiosos é inspirada en los más sanos principios ante un público que se entera más ó menos de lo que se le dice, pero que aplaude aunque no entienda. ¿Nos atreveremos á censurar á estos hombres por lo que hacen? Lejos de eso; pero yo pregunto: si de esa olímpica manera hubieran los Apóstoles entendido su misión; si así obrasen los misioneros; si de ese modo se hubieran conducido los católicos alemanes durante el Kulturkampf; si todos ellos no hubieran acomodado su conducta á sus palabras y no se hubieran contentado con peroraciones muy plausibles, con desembolsos siempre dignos de recompensa, y no hubieran acompañado á todo esto la acción organizada, el personal sacrificio, ¿hubieran conseguido los unos extender la fe del Crucificado por todo el mundo, y los otros convertir al Centro católico alemán en fortaleza inexpugnable? Indudablemente que no.

Que en el Cristianismo está el remedio contra las doctrinas y las prácticas socialistas, constituye para todo católico una verdad axiomática; pero esta frase significa para los unos, como con acierto dice Mr. León Gregoire ¹: «Nada tenemos que hacer, Dios sólo puede salvarnos. Si los obreros prac-

¹ *Le Pape, les catholiques et la question sociale*: Paris, 1899.

tican el Cristianismo, disfrutarán del premio de la resignación; despreciarán los bienes de la tierra y no se rebelarán inútilmente contra las miserias sociales, consecuencia del pecado original.» Para otros significará: «El Cristianismo, que es el solo remedio eficaz, tiene necesidad de predicadores. Es preciso predicarle por nuestras obras tanto como por nuestras palabras. Le recomendamos al pueblo como un alivio, como un remedio; hagamos la prueba de nuestras recomendaciones. Si los ricos practicasen el Cristianismo, el obrero no sucumbiría bajo el peso de tantas miserias; hagámonos primero oír del rico, á fin de hacernos en seguida escuchar del pobre.»

«Así la misma máxima, según las bocas que la contenten y las voluntades que le apliquen, parece ser el lenguaje del egoísmo ó el lenguaje de la abnegación, un pretexto para la inacción ó una razón para la acción.»

Preciso es que los católicos españoles se convenzan — ¡y quiera Dios que no se convenzan demasiado tarde! — de que las cuestiones sociales deben ocupar su atención preferente, porque la acción social católica es la única solución salvadora para las sociedades modernas; de que en este terreno hay para el desarrollo de su celo un extensísimo campo; de que frente á esas cuestiones sociales, que han de ser en el porvenir las que preocupen á los hombres de gobierno, los católicos debemos estar unidos y agrupados formando un partido social compacto, sin distinción de opiniones políticas, con el programa que tenemos bien definido en las doctrinas de la Iglesia y en las enseñanzas del

Sumo Pontífice, especialmente en su admirable Encíclica *Rerum Novarum*¹, Encíclica que no se dirigió á los partidarios de tales ó cuales sistemas políticos, sino á los católicos todos, Encíclica que mereció en 1893 ser proclamada como norma digna de ser seguida por protestantes, socialistas y católicos reunidos como representantes de las federaciones obreras de la República suiza, en el Congreso anual de Bienne, al ser invitadas por ese mismo Congreso las asociaciones católicas obreras á propagar y á defender con energía las enseñanzas sociales que en esa Encíclica se contienen. Ese es el píritu de la Iglesia, y esa es la conducta de los católicos alemanes.

La tendencia del Pontificado y de los católicos fieles á sus enseñanzas es, de muchos años á esta parte, manifiesta hacia todo lo que á los intereses de las clases populares se refiere. En las doctrinas de la Iglesia se han encarnado siempre los fundamentos de la verdadera democracia, y, frente á la falsa democracia, proclamada por el socialismo, nuestro gran Pontífice León XIII ha presentado y bendecido, en Encíclica reciente, esa otra democracia cristiana cuyas enseñanzas y glorioso abolengo se encuentran en el humilde taller de Nazareth.

¹ Tan lejos se está en España de haberse entendido así por muchos católicos que todo lo posponen á ideas políticas determinadas, que por miras de partido se han abstenido de tomar parte en obras de carácter eminentemente social, como son los Círculos de obreros, ó las han hecho abiertamente la guerra, y, creada en Madrid la «Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera», independiente de todo partido político, se han abstenido de formar parte de ella por ese mismo espíritu mezquino de bandería.

«Por los hombres de trabajo manual es preciso restaurar la sociedad», decía León XIII en una audiencia á Mr. León Harmel; y añadía en una carta dirigida en Noviembre de 1898 al ministro general de los franciscanos: «Nós mismo, si hemos dirigido á los obispos nuestras Encíclicas sobre la francmasonería, sobre la condición de los obreros, sobre los principales deberes de los ciudadanos cristianos y otras del mismo género, también lo hemos hecho en interés del pueblo, para que sepa sus derechos y sus deberes y aprenda á dirigirse por sí mismo para trabajar como conviene á su salud.»

»Nós deseamos —decía el mismo Pontífice el 15 de Octubre de 1899 en una carta dirigida á los obispos de la región subalpina—que los católicos se dediquen con celo á mejorar las costumbres al mismo tiempo que á aliviar la miseria del pueblo desgraciado, á hacer bien á los obreros y á los hombres de las clases inferiores. Así Nos congratulamos grandemente en ver celebrarse á este efecto reuniones públicas, desarrollarse círculos y patronatos, sociedades de socorros mutuos y otras instituciones del mismo género ¹.

»Muy recientemente ² insistía en esta misma idea.

»Repitámoslo nuevamente y más alto aún —decía— es necesario que el clero vaya al pueblo

¹ Max Turmann: *Le Catholicisme Social depuis l'Encyclique Rerum Novarum*. París, 1900.

² En la Carta Encíclica dirigida á los obispos de Italia en 8 del último Diciembre de 1902.

cristiano, amenazado por todas partes de asechanzas y toda clase de engañosas promesas, empujado, particularmente por el socialismo, á la apostasía de la fe hereditaria. Mas todos los sacerdotes deben subordinar su acción á la autoridad de aquellos que el Espíritu Santo ha establecido obispos para gobernar la Iglesia de Dios: falta de que nacerían la confusión y un gravísimo desorden, con perjuicio también de la causa que tienen que defender y promover. Asimismo, para este objeto, Nós deseamos que al fin de su educación en los seminarios, los aspirantes al sacerdocio reciban la enseñanza de los documentos pontificios que conciernen á la cuestión social y á la democracia cristiana, absteniéndose, no obstante, como hemos dicho ya, de tomar parte alguna en el movimiento exterior.

»Luego, cuando sean sacerdotes, ocúpense con particular cuidado del pueblo, objeto en todo tiempo de las más afectuosas solicitudes por parte de la Iglesia. Librar á los hijos del pueblo de la ignorancia de las cosas espirituales y eternas, y con industriosa ternura encaminarlos hacia una existencia honesta y virtuosa; confirmar á los adultos en la fe, y excitarlos á la práctica de la vida cristiana, disipando las preocupaciones contrarias; promover en el mundo secular católico las instituciones reconocidas por verdaderamente eficaces para mejorar moral y materialmente á las multitudes; y, sobre todo, defender los principios de justicia y de caridad evangélicas, en que todos los derechos y todos los deberes de la sociedad civil encuentran una justa conciliación: he aquí,

en sus principales partes, el noble encargo de su acción social.

»En el siglo XX¹ la fuerza de la Iglesia Católica estará toda entera en el pueblo: la Iglesia no vivirá más que atrayéndose al pueblo, y no podrá atraérsele más que yendo á él. «Hasta aquí el mundo ha sido gobernado por dinastías; en adelante la Santa Sede debe tratar con el pueblo, y con los obispos en relación estrecha, cotidiana y personal con el pueblo.» He aquí lo que escribía Manning en 1887 en la carta que dirigió á Roma en favor de los caballeros del trabajo. «Perder la influencia sobre el pueblo—declaraba en la misma época el cardenal Gibbons,—sería perder el porvenir todo entero.» En Lovaina el conde de Mun decía á la juventud católica: «Vayamos hacia el pueblo, señores, esta es la obra del siglo venidero.»

»De esta clara percepción de las necesidades futuras resulta para la Iglesia un doble deber. Es preciso que el Pontificado por actos expresivos distinga su causa de la de las dinastías y haga suyos los intereses de las masas populares. Es preciso que los católicos de cada país, clérigos y legos, se asocien á esta evolución, y que conozcan y hagan conocer á los demás su inmensa importancia. El Pontificado ha cumplido con su deber enteramente. Ciertos católicos, en cada país, han empezado desde largo tiempo á cumplir con el suyo; ellos forman el núcleo de una agrupación; en todas partes este grupo aumenta con más ó menos rapidez, según la inteligencia y el celo de los

1 León Gregoire, obra citada, Conclusión, párrafos 1.º y 8.º

cristianos. «No hay más que dos fuerzas sociales, —escribía poco hace Mr. Harmel,— el clero y el pueblo obrero; uniéndoles es como prepararemos la sociedad del porvenir y los triunfos de Jesucristo.»

En 1869 los obispos alemanes reunidos en Fulda adoptaron la siguiente resolución: «Entre la instrucción que se da á los miembros del clero en filosofía, y acerca de su misión pastoral, es preciso no descuidar por más tiempo la cuestión obrera: es de desear que algunos eclesiásticos se dediquen con especialidad al estudio de la economía política.» En el Congreso de Lieja de 1890 el abate Hitze y el obispo Doutreloux recordaban esta misma necesidad: éste pedía que el clero estudiase las aplicaciones de la justicia y de la caridad de Jesucristo á la economía social; aquél decía francamente: «Si os queréis colocar á la altura de vuestra misión, os es preciso estudiar los problemas sociales del presente siglo.» Manning en Inglaterra, Gibbons é Ireland en América, han multiplicado consejos parecidos. Por mucho tiempo los sacerdotes franceses descuidaron estas cuestiones; pero después se han dedicado á ellas con empeño¹.

En presencia de esta actitud de la Iglesia y de los católicos, Bebel, el eximio apóstol del socialismo en Alemania, decía en 1897: «Lutero no ha hecho más que favorecer á los príncipes alemanes, cuando la Iglesia se colocaba prudentemente al

1 El Congreso Católico recientemente reunido en Santiago de Compostela reconoció la conveniencia de establecer cátedras de Sociología en los seminarios.